

LA DEVOTIO MODERNA: ¿ESPIRITUALIDAD TRADICIONAL?

Conferencia dictada en la Parroquia Nuestra Señora de la Merced,

La Plata (Arg.), 13 de julio de 2019

Hace tiempo que, entre lecturas y conversaciones, venimos meditando y rumeando acerca de esta corriente de la espiritualidad católica que tanta mella ha hecho en los mejores ambientes (y hasta en nosotros mismos, por cierto). Sin ánimo de agotar el tema, presentamos aquí algunas reflexiones a modo de síntesis.

Creo que su lectura vendrá bien, especialmente para aquellos ambientes católicos “tradicionales” o “conservadores” e, incluso, para que nos animemos a hacer un examen de conciencia de nuestra espiritualidad.

* * *

Varios y destacados autores se han dedicado en nuestras tierras a un tema tan delicado como es el que aquí comenzamos a analizar¹; y decimos “comenzamos” porque lo que aquí intentaremos es meramente un esbozo del punto con algunos aportes propios².

Digamos para empezar que la *devotio moderna* o “devoción moderna” ha sido (y es) una corriente espiritual que vio la luz en la segunda mitad del siglo XIV, principalmente en los Países Bajos; sus fundadores –reconocidos y visibles– fueron Gerardo Groote (1340-1384) y su discípulo Florencio Radewijns (1350-1400). La escuela espiritual hizo eclosión en una comunidad religiosa conocida con el nombre de los *Hermanos de la vida en común*, cuyas raíces se encontraban en el agustinismo y el franciscanismo. La aclaración no es menor y, si la subrayamos, es porque tendrá cierta importancia en el desarrollo de la cuestión.

Vale la pena subrayar los orígenes históricos de la espiritualidad moderna puesto que, habitualmente, se tiende a asociar sin demasiadas distinciones y de manera directa a la *devotio moderna* con la Compañía de Jesús de San Ignacio de Loyola; y no es que no la haya habido, sino que –a nuestro juicio– no ha sido del modo en como la presentan.

Siguiendo libremente al P. García-Villoslada en un trabajo magnífico³, veamos algunas de las características principales de esta corriente que tanta huella ha dejado en diversos grupos y movimientos laicales y religiosos de nuestro tiempo.

¹ Carlos Disandro, *La Argentina bolchevique*; Fray Petit de Murat, *Carta a un trapense*, entre otros.

² El presente trabajo es más bien un comentario a la conferencia que el Dr. Antonio Caponnetto dictó en el año 2013 (puede verse aquí: <http://www.quenotelacuenten.org/wp-content/uploads/2016/10/2013.-Caponnetto.-La-devotio-moderna-corrección-P.-Javier.pdf>) a partir de artículo del P. GARCÍA-VILLOSLADA, “Rasgos característicos de la *devotio moderna*”, en *Manresa* 28 (1956) 315-358). Hemos simplemente utilizado la transcripción de dicha conferencia para agregar algunos conceptos propios y las citas pertinentes del trabajo de García-Villoslada. Agradecemos también los aportes del P. Federico Highton, SE.

³ [https://ia601506.us.archive.org/3/items/MANRESA108.LaDevotioModernaseleccinDeArticulo/MANRESA%20108.%20La%20devotio%20moderna%20\(selecci%C3%B3n%20de%20art%C3%ADculo\).pdf](https://ia601506.us.archive.org/3/items/MANRESA108.LaDevotioModernaseleccinDeArticulo/MANRESA%20108.%20La%20devotio%20moderna%20(selecci%C3%B3n%20de%20art%C3%ADculo).pdf)

1. EL SILENCIAMIENTO DE LA NATURALEZA DIVINA DE CRISTO

Naturalmente que Cristo es el centro de la vida cristiana; eso es indudable. A lo que nos referimos aquí es que, así como durante los primeros siglos del cristianismo, se resaltaba principalmente la divinidad de Nuestro Señor (cosa que puede claramente verse en la iconografía) en la modernidad, y especialmente a partir de la espiritualidad de la *devotio moderna* se resaltarán su *humanidad*, es decir, la consideración y meditación de Cristo en cuanto hombre (de allí que el padre García-Villoslada nos hable de un “*crisocentrismo práctico*”, a nuestro ser, un tanto equívocamente). Es decir, se busca en esta corriente a un Cristo como “ejemplaridad operativa”, movilizadora, acentuando en la imitación práctica de Cristo, las notas éticas y pragmáticas. Cristo es presentado principalmente como un modelo ético a imitar así como San Martín lo podría ser de los militares o Miguel Ángel de los pintores.

Esto, como el resto de las características que veremos, no tienen *per se* una maldad intrínseca. Es decir, nadie en su sano juicio podrá decir que haya algo de malo en el tener la humanidad de Cristo como centro de sus meditaciones, pero sí puede haberlo en la *acentuación demasiado marcada de este “crisocentrismo práctico”*, es decir, en el énfasis puesto de una manera exclusiva en ello pues, puede *llevar al descuido o al abandono de la contemplación y principalmente de la contemplación del misterio* del Dios que se hace hombre. Es algo que se verificará a lo largo de casi todas estas líneas: un problema de acentuación.

De todas las consideraciones acerca de Cristo, este “crisocentrismo práctico”, *acentúa la meditación sobre los sufrimientos y la pasión de Cristo*. Y, vale la pena repetir, no es que se esté ante algo malo; ¿quién podrá negar este modo de santificarse, que llevó a San Pablo de la Cruz, a San Alfonso, a Santa Rosa de Lima, etc., a la gloria de los altares?, pero *esta excesiva acentuación puede llevar, y de hecho ha llevado a algunos sectores de la Iglesia, a una especie de jansenismo católico que rotula todo placer de por sí como pecaminoso*. Es decir: no se distingue entre el placer ordenado y el desordenado, entre el legítimo y el ilegítimo y puede conducir también a la sinonimia, peligrosa, según la cual todo devoto es necesaria y forzosamente un compungido (como esta corriente espiritual hará).

Un seguidor de la *devotio moderna*, deberá vivir permanentemente de atrición y contrición; sin gozo ni interior o exterior. Un cristianismo en el que no entrarían ni San Simón “el loco”, ni San Felipe Neri, ni el mismo Chesterton, hoy en vías de beatificación.

2. EL CULTO AL “MÉTODO” Y AL DIRECTOR ESPIRITUAL...

Esta es, según García-Villoslada, “la nota más característica de la «Devotio moderna»”⁴.

El planteo de esta escuela de espiritualidad es que la vida misma del alma debe ser sometida a un “esquema”; se trata de un ordenacionismo y un *reglamentarismo* propio de un espíritu geométrico. Es un “sistema” uniformante del alma cuya rigidez extrema controla hora, días, semanas, meses e incluso años, llevando una fiscalización y una comprobación exhaustiva de todos los movimientos y todas las conductas de la vida cristiana. Claramente, no decimos aquí que llevar un método para el alma, tenga nada de malo de por sí, pero la *degeneración del método* y su hipertrofia es lo que puede matar a las almas: el método es para el hombre y no el hombre para el método...

Lo mismo debería decirse de la *imposición de este método* para todos los hombres; porque es tan injusto tratar a los iguales de modo desigual como tratar a los desiguales de modo igual...

⁴ GARCÍA-VILLOSLADA, *op. cit.*, 320.

Dicha tergiversación de la regla, según Gilson, no es producto del acaso, sino que va de la mano en la *devotio moderna* con la filosofía nominalista de la escolástica decadente que, al acentuar el *voluntarismo* terminaban dando una primacía absoluta al *ethos* por sobre el *logos*; a lo *subjetivo por sobre lo objetivo*; al experimentar por sobre el contemplar. A diferencia de lo que sucedía en la *devoción tradicional*, donde se enfatizaba el orden en la *oración pública* (la liturgia y el coro) y se daba entera libertad para la devoción personal, se hará un excesivo hincapié en el cuidado *in extremis* de la misma devoción privada⁵, determinando minuciosamente la materia de la meditación, el tiempo, el objeto, la duración horaria..., con el propósito o la consecuencia de que el devoto, tenga todo el día ocupado, todo el día absorbido, prácticamente sin posibilidad del ocio...

Lo repetimos: el método es para el hombre y no para el método; al contrario, la *devotio moderna* planteaba con uno de sus expositores que “toda actividad humana «*quantum habet de ordine, tantum habet de bonitate*»”, es decir, todo acto humano es bueno en cuanto que es ordenado, entendiendo aquí por “ordenado” el rigorismo metódico de su ejercicio; veamos un ejemplo al legislar el modo de rezar:

“En cuanto a las materias, así solemos dividir y alternar, de modo que se medite los sábados sobre los pecados; los domingos sobre el reino de los cielos; los lunes sobre la muerte, los martes sobre los beneficios de Dios; los miércoles sobre el juicio; los jueves sobre las penas del infierno; los viernes sobre la Pasión del Señor. Y no contentos con ordenar los preparativos de la oración y con determinar la materia que se ha de meditar cada día de la semana, quisieron reglamentar la hora, el lugar, la postura que conviene guardar en la meditación”⁶.

¿Quién sería capaz de hacer oración, siguiendo todos esos grados de la escala y ejercitando ordenadamente todas esas operaciones de la mente, del juicio y del afecto? Contrariamente a esto, San Ignacio, con mayor libertad de espíritu, aconsejará en la adición 4ta. de sus *Ejercicios Espirituales* (Nº 76) que, para entrar en la contemplación se puede estar “*de rodillas, prostrado en tierra, acostado rostro arriba, sentado, de pie, andando siempre a buscar lo que quiero... Y si hallo lo que quiero de rodillas, no pasaré adelante, y si prostrado, asimismo, etc. explicando que “en el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré, sin tener ansia de pasar adelante, hasta que me satisfaga”*”.

Todo debe estar controlado, siendo el ocio una especie de amenaza para esta devoción moderna; ocio que resultaba fundamental en la devoción tradicional⁷. El mismo Santo Tomás diría, un siglo antes del nacimiento de esta doctrina, citando a San Agustín:

“El amor a la verdad requiere *un ocio santo*; la necesidad de la caridad emprende una ocupación justa, es decir, la de la vida activa. Si nadie impone esta carga, debemos entregarnos al estudio y contemplación de la verdad. Si se nos impone, hay que aceptarla por exigencias de

⁵ “Las antiguas Reglas monásticas no señalaban tiempo alguno, destinado expresamente para la oración individual en privado. Aunque recomendaban a todos la meditación, sólo se exigía por regla la oración pública y común en el coro (*ibíd.*, 321).

⁶ “*Quas materias sic solemus dividere et alternare, ut meditemur sabbatis de peccatis; dominica die de regno coelorum; feriis secundis de morte; feriis tertiis de beneficiis Dei; feriis quartis de iudicio; feriis quintis de poenis inferni; feriis sextis de passione Domini...*” (*Ibíd.*, 324). Para que uno se forme la idea de este complicadísimo y mecanicista método de oración, veamos cómo Mombaer, uno de sus exponentes, hacía dividir la oración: A) MODUS RECOLLIGENDI (*quid cogito, quid cogitandum*), B) GRADUS PRAEPARATORII (*repulsio eorum quae minus cogitanda*). C) GRADUS PROCESSORII ET MENTIS (*Ejercicio de la memoria*) *Commemoratio... Consideratio... Attentio... Explanatio... Tractatio...* D) GRADUS PROCESSORII ET IUDICII (*Ejercicio del entendimiento*) *Dijudicatio... Causatio... Ruminatio...* E) GRADUS PROCESSORII ET AFFECTUS (*de la voluntad*) *Gustatio... Quaerela... Optio... Confessio... Oratio... Mensio... Obsecratio... Confidentia...* F) GRADUS TERMINATORII *Gratiarum actio... Commendatio... Permissio...* G) MODUS COMMORANDI *Complexio...*

⁷ Véase al respecto el hermoso libro de JOSEF PIEPER, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid 1962.

la caridad. Pero ni siquiera en este caso debe abandonarse totalmente el deleite de la verdad, no sea que, quitado este alivio, la carga sea demasiado pesada”⁸.

Como parte también de esta segunda característica existe aquí *un hincapié excesivo*, minucioso y hasta asfixiante del examen de la conciencia *a partir de un sinfín de divisiones y sub divisiones* que, a veces, atosigan la vida del alma. No nos referimos aquí a una maldad intrínseca del hermoso modo de avanzar en la vida espiritual realizando un examen de conciencia, sino en esa esquemática actitud del espíritu que hace consistir la santidad en un papel y unas cuantas rayitas. Entendemos que ese método podrá ser útil (¡vaya si lo ha sido para algunos santos!) e incluso recomendado por el mismo San Ignacio en sus EE.EE. (NN. 27-31) pero aún este método deberá usarse *tanto... cuanto...* le sirva al alma para alcanzar el fin para el cual ha sido creado: Dios.

La *metodolatría* del espíritu podrá derivar, de lo contrario, en que el alma y estos métodos terminen a menudo *sujetándose a un director espiritual que obrará más bien como un controlador del trabajo o capataz de estancia, que analiza y regula el trabajo, el sueño, las comidas, las relaciones, etc.*, llevando al alma a un grado de infantilismo espiritual. Vale reiterar que *no todos estos rasgos son malos*; sería errado hablar de la maldad intrínseca de un acompañante espiritual (¡casi todos los santos los han tenido!), pero la sujeción servil a un hombre sin saber que quien se salva o se condena es uno y la sujeción a una *metodolatría, sí es un mal y no existe tal cosa en los evangelios*.

Sobre esto diría el padre Castellani:

“¡No podemos salvarnos al tenor de la conciencia de otro! ¡No podemos eximirnos de discriminar exactamente con nuestra razón el bien y el mal moral, uno para tomarlo y otro para lanzarlo! ¡No puede ser nuestro guía interior la razón ajena: los actos morales son inmanentes y su ‘forma’ es la racionalidad! Si bastara para salvarse hacer literal y automáticamente lo que otro nos dice ¿cuál sería entonces la función de la fe, de la oración, de la meditación, de la dirección espiritual, del examen y del estudio?”⁹.

Ejercitar la voluntad tampoco puede tener algo de malo inherentemente, pero el voluntarismo sí y el *hincapié excesivo que se hace sobre estas cosas, en desmedro de otras actividades que caracterizaron a la devoción tradicional* (la oración litúrgica, la actitud apostólica, etc.) sí que puede resultar peligroso. Si el director espiritual de un alma, es una persona adornada de virtudes, pues entonces será un beneficio para el alma del dirigido, *pero si el director espiritual es parte de este proceso de la devoción moderna*, con conciencia o sin conciencia de ello, se corre el riesgo de que, bajo esa dirección, *se fabriquen vocaciones, se coaccione la vida espiritual, se manipulen las conciencias y se cuadricule a las almas pensando que Dios las ha hecho a todas iguales*.

¡Dios nos libre de esas direcciones espirituales que no respetan las almas! Más vale seguir ciego que confiarse en otro ciego y caer en un pozo...

“Hay un método ascético por el cual te puedes santificar”; “hay un método por el cual, si lo sigues a la letra, te harás santo”. Es algo análogo a esas recetas televisivas que hacen que uno baje de peso casi mágicamente. Esto es gravísimo y sin embargo esto es lo que prevalece en nuestros días en algunos ambientes supuestamente tradicionales. *Este ascetismo metódico, así entendido, puede llevar al voluntarismo*. Un ascetismo de estas características, que desprecia la vía mística es un ascetismo peligroso.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 182, a. 1, ad. 3^{um}.

⁹ Leonardo Castellani, *Sobre la obediencia* (<http://www.statveritas.com.ar/Autores%20-Cristianos/Castellani/Castellani14.htm>).

3. MORALISMO

De la tendencia práctica operativa y anti-especulativa que tiene la devoción moderna surge esta característica, en virtud de la cual termina convirtiéndose en una escuela de moral al igual que para los chinos lo es seguir la doctrina de Confucio; es decir: se opera un grave reduccionismo haciendo que la religión se vea limitada a la mera conducta y ésta a la *casuística* sin pautas de discernimiento crítico sino, más bien, una suerte de listado de pecados y virtudes o conductas buenas sin un verdadero discernimiento.

En absoluto queremos decir con esto que la casuística sea mala (los serios confesores deben estudiarla), pero la reducción de la vida espiritual al conocimiento y la observancia de los deberes de estado y al conocimiento y observancia de las leyes eclesiásticas solamente, engendra peligros... Y es por eso que la *devotio moderna* acentúa, enfatiza y utiliza permanentemente el uso de sentencias, proverbios, aforismos y máximas, como las fábulas de Esopo. Es verdad que algo así podría ser inofensivo si fuese utilizado *cum grano salis*, pero el uso de este recurso sin su contexto ni su esencia, puede terminar haciendo de las Sagradas Escrituras, los Santos Padres o el mundo greco-romano una mera cantera de ejemplos preciosos sin advertir su verdadero significado y su causalidad ejemplar para un cristiano. No se logran “hábitos” sino sólo coberturas exteriores que no han sido incorporadas al propio modo de ser.

Al mismo tiempo, este “moralismo” suele estar emparentado por un modo de obrar *estoico*.

“Esto se hace, esto no se hace, esto hay que hacerlo, esto no hay que hacerlo, esto es así, esto no es así”; sin dar los fundamentos últimos... Es el modo propio de obrar ante la niñez, cuando quizás no se está aún preparado para conocer los motivos, las razones de nuestros actos; pero sólo sirve para un nivel inicial. Este casuismo estoico podrá dar resultados hasta cierto ámbito de formación del hombre creyente, del hombre piadoso, *pero en un momento determinado el alma necesitará algo más* y si no lo encuentra en la devoción moderna (única cosa que conocerá), *el resultado será que su catolicismo casuístico y reglamentarista, terminará por fastidiarlo*.

4. TENDENCIA ANTI-ESPECULATIVA

Como señala García-Villoslada, la “«devotio moderna» nace bajo un signo de oposición a cierta espiritualidad nebulosa y altamente especulativa en el que, *el lenguaje abstruso y difícil de los escolásticos había contagiado a los místicos, que a veces discurrían con sutiles cavilaciones y razonamientos de cuestiones tan sublimes como ininteligibles*”¹⁰. Era el lenguaje de la escolástica que apenas después de la muerte de Santo Tomás de Aquino, había abandonado su guía.

La reacción contra las sutilezas y las disputas escolásticas es lo que a estos exponentes de la nueva devoción, los llevará no sólo a la *reprobación de la curiosidad intelectual*, sino hasta *el desprecio mismo de la ciencia*, con peligro de caer —como de hecho cayó— en una religiosidad puramente afectiva o en un practicismo sin sólida base teológica. En este sentido decíamos más arriba que el nominalismo ha sido uno de los padres de esta corriente de espiritualidad al impugnar no sólo la metafísica del Aquinate a la cual consideraba superflua, sino hasta a la misma filosofía, “la madre de los herejes”¹¹ y el fomento de la vanidad, como decía Groote.

El mismo estudio de por sí, resulta al menos, sospechoso para esta corriente; el mismo Radewijns señalará que,

¹⁰ GARCÍA-VILLOSLADA, *op. cit.*, 328-329.

¹¹ Citado por GARCÍA-VILLOSLADA, *op. cit.*, 330.

“estudiar para conocer o para enseñar..., no nutre al alma, sino que la convierte en enferma”¹².

De la misma postura, sería su sucesor, Juan Von de Husden, quien solía refrenar a sus hermanos en el estudio de los libros de Santo Tomás y de los otros símiles modernos, en la escolástica, que trataran respecto de la obediencia y materias similares, queriendo que permaneciesen en su simplicidad.

La reacción contra la escolástica decadente se exageró, como vemos, hasta el desprecio de la ciencia cayendo en una religiosidad puramente afectiva que, un par de siglos después, sin ir más lejos, llevará a un Lutero al desprecio de la “prostituta” inteligencia.

5. EL AFECTO SOBRE TODO

Hay, como consecuencia de lo señalado recién, una marcada acentuación de lo anti-especulativo y afectivo que es utilizado como elemento preponderante en la relación con Dios, y que procede de una marcada corriente franciscana. En efecto, la acentuación de lo sensible, que tanto objetara el padre Castellani, y esa acentuación desordenada de lo sentimental, de lo emotivo, de lo afectivo, hace que la vida del alma quede a medio camino. Para esta corriente, la “*devoción*” es “*fervor*”, es “*oración inflamada*”, es *puro remordimiento, mortificación y compunción*. Y una vez más repetimos: no es que esté mal que la devoción sea fervor; lo riesgoso es que estas notas se acentúen tanto que queden relegadas o atrofiadas, desconsiderando la vida superior del alma, reduciendo todo a un carácter meramente afectivo-emocional.

Como señala García-Villoslada:

“Hasta el vocablo con que los discípulos de Groote se designan a sí mismos, *Devoti*, está indicando su naturaleza más afectiva que especulativa. La devoción, para ellos, es esencialmente fervor, oración inflamada, deseo de Dios. Para Mombaer, por ejemplo, ‘la compunción se identifica con la devoción’”¹³.

Vale tener en cuenta que, para esta corriente, “devoción” no significa lo mismo que en la espiritualidad tradicional: “*voluntad pronta de entregarse a las cosas de Dios*”¹⁴ (como la llamaba Santo Tomás), sino “*esa pía y humilde afección hacia Dios*” manifestada máximamente en la oración.

Es decir: un “devoto” es un afectado por sus afectos espirituales...

6. EL BIBLICISMO

Hay también en la *devotio moderna* una marcada utilización de las Sagradas Escrituras, cosa que parece loable e imitable. Toda la espiritualidad tradicional ha hecho de la lectura de las SS.EE. un modo de orar (*lectio divina*), pero en esta corriente las sagradas letras no serán tomadas *como norma de la fe*, sino como un reservorio de ejemplos morales y un *soporte para el adoctrinamiento moral*: “una teología sencilla y moralista que fomente la devoción”¹⁵, como dice García-Villoslada.

Porque si bien los libros inspirados son para argüir, enseñar, corregir (como dice San Pablo), no son sólo para eso, *sino para conocer a Dios y amar a Dios según Él mismo quiso revelarse*. El peligro del biblicismo individualista tendrá su consecuencia lógica en la ruptura protestante y la interpretación privada de los sagrados textos bíblicos que, al ser leídos no “en

¹² *Ibíd.*, 331. Traducción propia del latín.

¹³ *Ibíd.*, 334-335.

¹⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 82, a. 1.

¹⁵ GARCÍA-VILLOSLADA, *op. cit.*, 335.

la Iglesia”, en la Tradición, sino en la “interioridad devota” y subjetiva, terminará diciendo lo que cada cual quisiese.

No por nada –y este es un dato no menor– la ruptura protestante se dará en aquellos países donde principalmente esta corriente se encontraba en su apogeo.

7. INTERIORIDAD Y EL SUBJETIVISMO

Según el Padre García-Villoslada, esta es la característica fundamental de esta corriente espiritual.

Según puede leerse en los mismos textos de sus exponentes “hombre devoto” y “hombre interior” son meros sinónimos, entendidos en clave de “interioridad compungida”, si se nos permite la expresión. El devoto moderno se *identifica prácticamente con la figura del compungido*, el dolorido que no sólo debe buscar el dolor interno sino también el dolor externo incentivando ciertas *prácticas mortificadoras*.

Es verdad –nadie lo niega– que luego del pecado original todos estamos inclinados más bien al epicureísmo que al estoicismo, rechazando la mortificación; ésta, sin duda, es necesaria para nuestra santificación (mortificación de la voluntad, de la sensibilidad, de los juicios temerarios, etc.); el riesgo es el desborde y el acentuar que allí en la mortificación se encuentra la santidad. *Es decir, el desborde es el mal* y, en ciertos ambientes donde abunda esta espiritualidad, los desbordes suelen ser más frecuentes que las privaciones.

Es verdad también que Nuestro Señor dijo “velad y orad, para que no caigáis en tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil” (Mt 26,41), pero *se trata de un medio y no de un fin*. Por el contrario, sucede habitualmente que todo extremista de las mortificaciones termina siendo un extremista de los placeres (la virtud nunca está en los extremos irracionales). Habría muchos ejemplos para poner de varios que, por querer llevar una vida penitente sin prudencia, terminaron luego cayendo en las más desenfrenadas pasiones por oposición de contrarios; pero con uno solo basta; una vez más: Lutero.

En cuanto *al subjetivismo* que la *devotio moderna* propugna, no puede dejar de hacerse una brevísima digresión histórica que permitirá comprender mejor el problema y que, quizás, pueda prevenirnos a los hombres de hoy.

Según señala García-Villoslada,

“este afán de interioridad, este replegarse hacia las zonas más íntimas del alma, teniendo en cuenta el momento histórico en que nace la «Devotio moderna». Es la época del cisma de Occidente, en que la Iglesia dolorosamente desgarrada ignora cuál es su verdadera Cabeza visible, quién es el Vicario de Cristo, dónde se halla el Jefe espiritual a quien deben todos obedecer y con quien deben permanecer unidos. Cuando todo es tumulto y confusión en el exterior, las almas escogidas buscan la luz y la paz en el silencio, en el retiro y en la plegaria. No sabiendo quién es el verdadero representante de Jesucristo, buscan al mismo Cristo directamente en sus propios corazones y en la unión individual con Dios” (...). Gerardo Groote obedecía a Urbano VI de Roma, no a Clemente VII de Avignon. Pero le atormentaban ciertas dudas, y en la oscuridad y perplejidad de su conciencia se consolaba y tranquilizaba quitando importancia al cisma externo. Lo importante, decía, es no separarse de la Cabeza invisible, que es Cristo, raíz y causa de la unidad fundamental de la Iglesia; la otra unidad externa, que procede de la unión de los miembros con la Cabeza visible, no es tan esencial; evitemos, pues, sobre todo el cisma interior”¹⁶.

Algo que puede ser análogo en nuestros tiempos donde algunos podrían decir con un personaje de una novela de Sábato “si se viene el comunismo, me voy a la estancia y se acabó”.

¹⁶ GARCÍA-VILLOSLADA, *op. cit.*, 339.

Curiosamente, algunos de quienes hoy atacan a la devoción moderna y que creen estar exentos de ella, *caen en esta nota característica* al no tener en cuenta la crisis en la que se encuentra la Iglesia al refugiarse en una especie de torre de marfil que descarta, desprecia y denigra a quienes no tienen acceso a la misma. Pero aún hay algo más grave y es el constatar que esta característica de *la devoción moderna ha llevado a la práctica a un desinterés por la vida apostólica y por la vida misionera*. Y este desinterés es el mismo que tienen hoy los que son críticos de la devoción moderna...

–“Yo no quiero salvar a nadie; sólo deseo salvarme a mí mismo” –dirán algunos.

Se evita así el trato con la gente y sobre todo el apostolado activo sin preocuparse por extender el Reinado Social de Cristo. “En vano se buscará en la «Imitación de Cristo», ni en los demás libros del Kempis (...) la más leve indicación del deber apostólico y misionero de los cristianos”¹⁷. Veamos nomás un ejemplo concreto: cuando el canónigo Guillermo de Salvarvilla (uno de los seguidores de Grootte) pida a su maestro dedicarse a la conversión de los cismáticos orientales, Grootte se opondrá severamente desaconsejando la moción con firmeza.

Y aquí nos encontramos con una nueva paradoja y es la siguiente: a menudo se acentúa la relación entre devoción moderna y jesuitismo –cosa que no negamos *a priori*– cayendo en el olvido respecto de la epopeya misionera de la Compañía de Jesús y, más aún, de los orígenes no jesuíticos sino franciscanos y agustinos de la *devotio moderna*. Y se olvidan que, los primeros jesuitas como San Francisco Javier, no sólo no eran estructurados, sino que eran casi irreductibles a cualquier corsé de esta corriente espiritual.

Este subjetivismo lleva a un *apartamiento del mundo* que, a su vez, concluye en una poca, escasa o nula ninguna inclinación por el apostolado activo. Los devotos modernos son más bien introvertidos y tienen una mentalidad muy poco jerárquica por su individualismo; la jerarquía, en todo caso, se dará en el sistema o grupo, porque al ser un movimiento que tienda a hacer permanecer en un estado de adolescencia espiritual a las almas, éstas, casi necesariamente, buscarán refugio en una “tribu” o “camarilla”; es la pertenencia del individuo al “grupo”, de allí que, todo lo que se encuentre en él sea seguro y todo lo que esté fuera de él, inseguro y dudoso.

Bouyer, en un párrafo genial así lo señala:

“El ideal eclesiástico agustiniano y gregoriano –*in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*– sólo le inspira un horror invencible. Sabe demasiado bien que así se volatilizaría. Lo que necesita es la uniformidad, impuesta desde fuera y desde arriba. Y esta uniformidad será siempre sólo la de un grupo particular, de una escuela particular, de una estrecha comunidad cerrada sobre sí misma y que sólo aspire a ser católica, es decir, universal, suprimiendo de hecho o por lo menos ignorando, todo lo que no es ella. A este catolicismo de nombre, la única catolicidad verdadera, que es la unidad viva de la comunión en el amor sobrenatural, le hará siempre el efecto de ser un ideal protestante. No queriendo ser más que antiprotestantismo, o antimodernismo, o antiprogresismo, no será nunca en realidad, como Möhler lo había visto muy bien antes de Khomiakov, sino el individualismo de un clan o, en el límite, de un solo hombre (totemizado todavía más que divinizado) opuesto al individualismo de todos. Sólo podrá admitir una lengua sagrada, una tradición litúrgica (fijada para siempre con la autoridad), una teología (no tomista, pese a sus pretensiones, sino, a lo sumo de un epígono como p. ej. Juan de Santo Tomás), un derecho canónico (íntegramente codificado), etcétera. Las riquezas, tan concordantes, pero tan múltiples, tan abiertas, del pensamiento de los Padres, le serán siempre sospechosas. La plenitud de las Sagradas Escrituras, tan esencialmente una, pero amplia y profunda, precisamente como el universo, lo sofocaría; prohibirá a todos su acceso a ella y se abstendrá cuidadosamente de pescar en ella otra cosa

¹⁷ *Ibid.*, 340.

que algunos *probatur ex Scriptura* aislados de su contexto, o algunas guirnaldas retóricas, como las que los últimos paganos seguían tomando de una mitología, en la que ya habían dejado de creer”¹⁸.

Kempis, que es la quintaesencia de la devoción moderna, así lo declara: “*más vale salvarse uno solo viviendo inocente en soledad que aventurarse en el trato con lobos y dragones*”¹⁹. Justamente lo contrario de lo que nos debería pedir y nos pide Jesucristo y Su Iglesia: “yo os envío como ovejas en medio de lobos...”.

No se trata del apartamiento del monje, del ermitaño (que esa es una vocación particular), sino de quien está en el mundo pero que obra en su vida interior con un espíritu sectario, un espíritu elitista, un espíritu de sacristía; no se sacrifica por el mundo sino que sólo piensa en salvarse él sin llevarse consigo a varios con él. Si así fuera, entonces el *Verbo* no se hubiese encarnado.

En una durísima pero certera frase, García-Villoslada lo resume así:

“La acción de la gracia en el alma se supone y se afirma reiteradamente, pero se juzga más prudente y de mejor resultado el insistir en la colaboración intensa de la libre voluntad. Por eso se habla más de las virtudes sólidas que de las virtudes altas, de la extirpación de los vicios con más frecuencia que de la fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo, de la meditación más que de la contemplación, *del heroísmo de las virtudes pequeñas más que de la grandeza de las virtudes heroicas*. La vida cotidiana de estos devotos, con su meticuloso esmero en los detalles, se asemeja a una artística miniatura más que a un cuadro de grandes pinceladas”²⁰.

10. Espiritualidad perenne vs. Devotio moderna

Hemos hecho ya una crítica meticulosa y pausada de la llamada “Devotio moderna”²¹; no sería lícito, sin embargo, quedarnos solamente en la crítica sin mostrar su contrapartida o, más bien, la espiritualidad que –creemos– puede ser verdaderamente tradicional o, simplemente, *perennemente católica*.

a) La espiritualidad perenne

Entendemos por espiritualidad perenne la espiritualidad católica de siempre, es decir, aquella que, desde el nacimiento de la Iglesia, intentó practicarse a la luz de las bienaventuranzas, virtudes y dones del Espíritu Santo. Es, ni más ni menos, el modo de santificación propio de Nuestro Señor Jesucristo que, explicitado en los Santos Padres y recolectado eximamente en el pensamiento del doctor común, Santo Tomás de Aquino, ha iluminado a generaciones y generaciones de hombres.

Es, a nuestro juicio, gracias a la lectura meditada y rumiada de los textos del Aquinate donde se descubre esta verdadera espiritualidad donde prima la iniciativa de Dios por sobre todas las obras santificantes del hombre (nota fundamental de la espiritualidad perenne); es allí donde se verifica que “todo comienza por Dios, empezando por el hombre” frente al “todo comienza por el hombre, comenzando por Dios” de la *Devotio moderna*.

Es que, en la espiritualidad tradicional o perenne, siempre se ha entendido que *lo de arriba* se ha *abajado*, ha descendido a estas estepas para sublimarlo, transfigurarlo y elevarlo. No otra cosa hizo *el Verbo que se hizo carne*; y algo análogo sucederá en la vida del alma, donde

¹⁸ LOUIS BOUYER, *La descomposición del catolicismo*, Iota, Buenos Aires, 2016, p. 107-8.

¹⁹ TOMÁS DE KEMPIS, *Diologi novitiorum*, lib. I, cap. 4 : Opera VII, 17.18.19.21-22.

²⁰ *Ibid.*, 343-344.

²¹ Las siguientes reflexiones fueron hechas luego de mucho pensar y consultar; especialmente, venga nuestro agradecimiento al P. Federico Highton, SE, y a los Dres. R. Peretó y A. Caponnetto por sus valiosísimos aportes.

el hombre, *cooperando* con la gracia divina, es un protagonista secundario de su santificación, como lo es el barco que eleva las velas en altamar para que el viento haga su trabajo.

Esta espiritualidad teocéntrica plantea que el fin buscado es, *per se*, Dios mismo; ni Sus creaturas, ni Sus consuelos, ni la paz interior, etc.; es la misma Bienaventuranza eterna dándose a sí misma cuando encuentra morada digna de Ella.

Es como sucede entre la vida ascética y la vida mística, donde la primera intenta remover los obstáculos -asistida siempre por la gracia antecedente-, para, luego dar paso a la segunda, (vida en la que habitualmente muchas almas habitan sin ser conscientes de ello) donde la iniciativa y las directivas, por *connaturalidad*, provienen de Dios.

Es precisamente en virtud de este *teocentrismo*, que la espiritualidad perenne concibe a la santidad como *un don objetivo de Dios* dado a las almas, no como un “premio” dado ante ciertas tareas rígida y metódicamente cumplidas. Es en esta concepción que, como modelo supremo de la santidad encontramos al Santo de los santos, Nuestro Señor Jesucristo, a su Santísima Madre y a San José, modelos supremos y eminentes de la santidad, luego de los cuales vienen los Apóstoles.

Pero, ¿cómo se fue desarrollando esta espiritualidad perenne a lo largo de los siglos? ¿cómo se practicaba? Pues aquí, de nuevo, la fórmula es la no-fórmula, el no-método, pues *cada alma tiene su secreto dado por Dios*, tan íntimo e incommunicable como ella misma.

Es esta irrepitibilidad de cada alma la que la coloca *en las antípodas del uniformismo devotomodernista*, abriendo así una gama interminable y potencialmente variable al infinito de los diversos modos de santificación. Los habrá mártires, monjes, confesores de la Fe, estilistas, akoimetas, cenobitas, peregrinos, locos por Cristo, etc., sin saber bien –ni querer saberlo– otro método que el que el mismo Espíritu Santo les mandase.

De allí es que pueda bien entenderse la frase que dice que “los santos son admirables, no imitables”; porque cada cual tendrá su modo propio, incluso hasta extraordinario de llegar a configurarse con Cristo.

Como decía, de nuevo, el Padre Castellani:

*Yo quiero ser santo, pero
no santo como los otros
santos que en el mundo han sido,
sino santo verdadero
santo de aquí entre nosotros,
no importado de otro nido.*

*Santo como Dios soñó
según el plano evidente
que en mí Dios garabatió
el día que me hizo gente.*

*Yo no puedo ser correcto,
Vos lo sabéis bien, mi Dios,
y debo hacer el trayecto
que hay desde mi nada a Vos.*

*Soy débil que es un encanto,
soy flojo, triste indolente,
y tengo que hacerme santo
necesarísimamente.*

P. Leonardo Castellani, SJ

A algunas almas les convendrá entonces un modo y a otras otro; a unas un mayor método espiritual y a otras menos; a unas un padre espiritual más estricto mientras que a otras uno más libre; a unas ciertas lecturas espirituales y a otras, otras, o ninguna... Todo lo cual fue sintetizado en el célebre “tanto cuanto” de, ni más ni menos, San Ignacio de Loyola (EE.EE., nº 23).

Era ese y no otro el modo tradicional de la santidad desde los primeros Padres espirituales (vgr. las *Colaciones* de Casiano), donde se llamaba a la santidad conforme a lo que Dios iba sugiriendo en lo escondido del alma. Así surgirá una gama inmensa de infinitos matices que luego tendrá un nombre hoy olvidado: el “Santoral católico”. Es allí donde puede darse la respuesta más acabada, a nuestro juicio, de la verdadera espiritualidad católica, *en la vida de los espíritus*, en la vida de los santos, que abarcan desde penitentes empedernidos (San Pedro de Alcántara) hasta doctores eximios casi incapaces de hacer penitencia (como Santo Tomás); de labriegos trabajadores (San Isidro Labrador) hasta reyes cruzados (San Luis Rey).

Y este ejemplo vale para quienes incluso se hallan ya en cierto estado de vida pero suspiran por la que no pueden llevar ahora, como sucede a menudo, por ejemplo, con ciertas madres de familia que se angustian todavía porque, la abundancia de la prole, no les permite mantener las prácticas devotas que mantenían en los tiempos de su pía soltería...; y no saben que incluso “entre los pucheros anda el Señor”, si se lo busca con alma grande.

Hasta aquí entonces las bases que se podrían resumir en una frase: Dios no es comunista.

b) La espiritualidad medieval

Eileen Powell, en ese librito donde analiza personajes del medioevo (“Gente de la Edad Media”), retrata la historia del *campesino Bodo*: un padre de familia que, en plena época carolingia se santificaba labrando la tierra y siendo fiel a los principios cristianos. ¿Cómo era el alma cristiana de este buen hombre francés? Pues la Iglesia simplemente le indicaba evitar las supersticiones, ser fiel a su única mujer, observar las fiestas de guardar y evitar los excesos en los bailes. Si se caía en alguna falta, pues allí estaba el confesor que podría perdonarlo en nombre de Dios. Y todo se solucionaba *in medio Ecclesiae*. Es decir, todo terminaba en la Iglesia.

Algo análogo se plantea la noble dama Duoda, madre de familia carolingia –misma época que Bodo– al escribir su célebre *manual para su hijo* en pleno siglo IX. ¿Cómo debía santificarse un noble francés de la alta edad media? Pues respetando lo sacro, frecuentando los sacramentos y siendo fiel a las obligaciones que impone el culto.

Y esta será una constante en toda la Edad Media: el respeto por el culto hará la cultura cristiana. Si hasta podría decirse que toda la espiritualidad medieval estaba centrada en el culto divino, motor y fuente de una espiritualidad *comunitaria*; la *asamblea litúrgica* –pase la expresión malsonante hoy en día– rezaba con un solo corazón (*unum cor*), expresando su Fe en el “chorus”, de donde proviene etimológicamente, según algunos, la palabra *coro*. Era el pueblo de Dios el que, acoplándose al coro monástico, remedo de los coros angélicos, se dirigía en oración común a Dios. De allí que el hombre tradicional fuese, de alguna manera, músico, un ser asistido por las musas.

Los salmos, cantados y memorizados en lengua latina o vulgar, permitían ir rumeando poco a poco la palabra inspirada (por algo luego, Santo Domingo inventará el Santo Rosario, con 150 Avemarías, para suplantar los 150 salmos que varios querrían cantar pero no podían).

Esta tendencia coral-social de la espiritualidad medieval era posible gracias a que existía un contexto cristiano, una Cristiandad; y una Cristiandad centrada en el Monacato occidental. No significa por ello que no existiese allí espacio para una *relación personal* con Dios (las

Confesiones de San Agustín lo demuestran) pero sí que el culto litúrgico era fuente y base de la relación con Dios, no al revés: la meditación personal fruto de lo que se vivirá luego en el culto.

La *Devotio moderna* (y más aún el protestantismo), extirpará este aspecto comunitario de la oración reduciéndola a un asunto meramente personal, desconectado de la liturgia y del calendario cristiano, reduciendo la espiritualidad a una espiritualidad de puertas adentro; puertas adentro del alma. Es por todo ello que, en la espiritualidad medieval, existirá una exaltación del verbo, a partir del cántico del Verbo, lo que culminará en el grandioso canto gregoriano, elevación del pensamiento por sobre el sentimiento, sin por ello caer en un frío intelectualismo.

Por más analfabeto que uno fuese, todos comprendían el sentido teológico de su papel en la sociedad. Desde el sacerdote a la madre de familia, desde el herrero al peregrino, desde el monje al trovador. Todos sabían que, en cada espacio, podía uno santificarse, sin por ello dejar de lado ese norte heroico que implicaba la vida cristiana, la *extraordinaria* vida de Cristo, que pide amar a los enemigos y hasta rezar por los perseguidores (Mt. 5). De allí que surgieran tantos “locos por Cristo”, personas a quienes Dios suscitaba para elevar la mirada hacia lo alto; esa mirada hacia lo alto que nos eleva de la ordinariez chata de la *Devotio moderna* insistente en la cotidianidad y en la introspección sepultante.

Es en esa restauración, no del modo de vestir medieval o del hablar romancero, sino del heroísmo espiritual *según el propio secreto* donde debe buscarse la fuente de la espiritualidad perenne. Fue ese el catolicismo verdadero que engendró trascaladas de mártires, misioneros, héroes, confesores, conquistadores, madres y padres verdaderamente cristianos.

Allí no cabía entonces la “santidad de la vecina de al lado” o la santidad de “clase media”. Cada cual tenía su modo, su secreto para ser santo y santo de altar.

c) *Hacia la “des-modernización” de nuestra espiritualidad*

Ahora bien; todos somos hijos de nuestro tiempo es aquí *donde hemos sido plantados para intentar dar fruto*.

Luego de haber visto más arriba los peligros de la *Devotio moderna* alguien que se viese inmerso en ciertos excesos de esta rama de la espiritualidad, podría verse tentado en dejarlo todo, incluso lo bueno que en ella haya podido aprender, lo cual sería un grave error; error de quien, al haber fracasado en un noviazgo ya no desea buscar casarse.

Y se equivocaría también quien, en la crítica a esta espiritualidad, viese una puerta abierta para el laxismo o para el intelectualismo anti-apostólico, pensando que sólo es posible santificarse rezando la liturgia de las horas, o yéndose de ermitaño urbano a fumar pipa y tomar wishky (como hemos conocido a alguno), o despreciando como iluminados a quienes mantienen la Fe sencilla mirando a todos desde arriba.

Porque no sólo somos hijos de nuestro tiempo, sino, guste o no, somos hijos de España, de su tradición católica invencible y de su tiempo, con sus cosas a favor y sus cosas en contra.

La reacción natural debería superadora, es decir, si alguien se descubriese inmerso en alguno de los defectos de la *Devotio moderna*, debería justamente corregirse y no abandonar aquello que contenga de bueno lo aprendido. Porque en la Iglesia no todo es *aut...aut*, sino *et...et*, como decía San Pablo “examinadlo todo y quedaos con lo bueno” (1 Tes 5,21).

De allí que, para las almas que se vean en la tentación de abandonar incluso las cosas buenas, puedan servirle estas breves consideraciones:

- Sí y mil veces sí a la fidelidad a los consejos del padre espiritual o de algún confesor sabio y prudente, pero no y mil veces no a la suplantación de la identidad por parte del

director espiritual; o por tener por absolutos sus consejos opinables. Que de esos ya estamos cansados y hartos.

- Sí, y mil veces sí, a la devoción mariana y al sacratísimo Rosario -idealmente, La Corona, agregaría San Montfort-, pero no y mil veces no a la renuncia a la contemplación (el padre Pío, ni más ni menos, hacía consistir toda su oración en la Misa, el Breviario y el Rosario casi continuo).

- Sí al examen de conciencia, que es bíblico además; y no sólo para hacer una buena confesión sino también para registrar nuestras caídas y avances en la vida espiritual. Pero no y mil veces no, intentar imponer un método cuántico de análisis a quienes ni se ven inclinados a ello ni les haría mal hacerlo (escrupulosos abstenerse entonces).

- Sí a los Ejercicios Espirituales ignacianos, que santificaron a San Francisco Xavier y a una pléyade de santos, pero no y mil veces no a la absolutización de lo subalterno o a la fabricación de vocaciones en los mismos, o a la dogmatización de lo opinable; o a creer que no hay retiro ortodoxo o aprovechable que no sea el Ignaciano.

- Sí a la mortificación cristiana y a la renuncia de uno mismo, y no y mil veces no a considerarla siempre y en todo lugar una imprudencia indiscreta.

* * *

Finalicemos estas cortas líneas con un paralelismo antitético a las notas que hemos intentado esbozar.

Contra el pragmatismo de la meditación se le puede oponer la primacía de la contemplación de los divinos Misterios, esto es, el primado del Logos sobre la praxis.

Contra el “monotema” del dolor, la alegría desbordante que es fruto de la caridad heroica.

Contra la metodologización de la vida espiritual, la cumbre del monte sanjuanista cuya única ley es la ausencia de leyes (de casuística leguleya) y la simultánea docilidad a las mociones del Espíritu Santo.

Contra la dictadura hipertrófica de los deberes de estado –verdaderos o no–, la actitud deliberada de procurar osar las mayores hazañas para la gloria de Dios.

Contra la sobreinsistencia castrante y exasperante de la fidelidad en las pequeñas cosas, la aspiración apasionada de conquistar el mundo entero para Cristo Rey.

Contra el desprecio de las altas y profundas especulaciones, la genuflexión sapiencial ante el insondable Misterio Trinitario y Teándrico que ilumina, extasía, enardece, enloquece y enamora.

Contra la fuga de las grandes batallas apostólicas, la épica misionera ansiosa de mil combates, conversiones y martirios.

Que nos urja entonces restaurar la espiritualidad de siempre, en la que todo comienza desde Dios, empezando por el hombre.

P. Javier Olivera Ravasi

La Plata, 13/07/2019